

Naranja, negro, puntitos blancos

Josefina Núñez Montoya

Esta mariposa es monarca —me dije cuando desandaba el sendero—. Lo sé por sus cintas negras que delimitan el naranja de sus alas. Se quedan quietas y, cuando se sienten deseadas, echan a volar.

De las tres niñas que pasaban por la calle, una era yo. La puerta estaba abierta y, desde el fondo de la vivienda, escuchamos un siseo. Las mariposas monarca son fáciles de identificar. En las losetas del pasillo se dibujaba un reguero de manguera. Lo pisamos. Al fondo, el muchacho nos indicó con la palma de la mano que esperáramos. Se metió por una puerta lateral. Obedecemos, porque la obediencia tiene que ver con la curiosidad infantil. También con la confianza. Las mariposas monarca siguen un trayecto congénito de bondad. Unos segundos después, el muchacho salió con un gatito resguardado en la bata. Mientras él lo acariciaba como si fuera de seda, yo noté que su mirada era extraña, solícita, para que nos acercáramos a tocarlo. Nos dejaría cogerlo. Si para nosotras el reflejo del pasillo bromeaba con la sorpresa, para él advertía turbulencia.

...

Lo volví a ver años más tarde. En uno de esos encuentros fortuitos en mitad de la acera. Iba acompañado de una mujer que se paró a comprar un cupón de la suerte. Justo cuando me cruzaba con él debía esperarme porque un coche rojo pasaba lentamente, muy pegado a la acera. El quiosco también limitaba el paso. Así que nos volvimos a encontrar. Yo más alta que él. ¿Sabes quién soy?, me preguntó y yo formulé un frío Sí. Un revoltijo de ácido en el estómago; una incomodidad cada vez que lo recuerdo; un

asunto pendiente; un instante de despecho: por la niña que fui, por las otras mariposas. Entonces noté un aleteo de rencor en la parte derecha de mi cuerpo que se puso rígida, que le atizó y lo empujó hasta desplazar su armonía. A las mariposas monarca hay que protegerlas. Perdió el equilibrio, alargó la mano para sujetarse a mí, lo esquivé, volé hacia la ventanilla del kiosco. Eso permitió que su cuerpo se torciera buscando un punto de apoyo. Ahí estaba el coche rojo en movimiento que lo escupió en sentido contrario. Debía colocar el pie derecho si no quería caer pero su zapato resbaló en el bordillo de la acera y fue entonces cuando la rueda trasera le descompuso la perfección de los huesos del pie. Gritó de dolor. La mujer dejó el cambio del billete para auxiliarle, los transeúntes se acercaron interesados en saber qué había pasado; el conductor del coche rojo frenó en seco y se ofreció a llevarlo al hospital. Yo me permití esperar el regreso de la invidente para cobrar un décimo premiado con anterioridad.

...

El muchacho se abrió la bata. El gato se dio un castañazo enorme que sonó a portazo, maulló, saltó, arañó la pared. Inmersas las tres niñas en el reflejo del pasillo, nos quedamos quietas contemplando cómo se sujetaba el pene con las dos manos como si fuera una metrallera con la que nos disparaba a ráfagas. Nunca habíamos visto un miembro transformado por la adultez, que me pareció retorcido y muy grande. Inquietante. Iba descalzo y andaba hacia nosotras. Tal vez a cerrar la puerta. Pero nosotras contraatacamos con un vuelo rápido tal y como lo haría esta mariposa monarca.